

Archiduque, no se resolvía á abandonar tan pronto un puesto en el que creyó hacer mucho en pro de sus bellos ideales; pues habiendo llegado á la Capital los Prelados, el Sínodo debía empezar pronto, se iba á tratar del arreglo del ejército y de la lucha contra los republicanos, en la que era necesario emplear mucha actividad y energía, y no podían, por lo tanto, resignarse á ver impasibles el derrumbamiento de sus esperanzas y con ello el de todos sus planes para la preponderancia del elemento clerical.

Así racionaban los conservadores, que querían hacer del Imperio su principal y único apoyo en la deshecha borrasca que se anunciaba, pues miraban claramente que caído aquél, la tierra se hundiría bajo sus plantas; por lo tanto, reunieron todas sus fuerzas y se opusieron ocultamente á la marcha del Archiduque, quien, según decían, quería desertar de su causa, dejándolos en el abandono.

La agitación crecía por momentos, y como elocuente manifestación de ella, Lares, el Presidente del Consejo de Ministros, se presentó en Chapultepec la tarde del 20, y con voz conmovida, y presa de una terrible emoción, pidió permiso para hablar á Maximiliano, y entregarle un escrito muy importante, cuya presentación no permitía el menor retardo. El Archiduque, sabedor de lo que pasaba, y con el objeto de sustraerse á indiscretas pretensiones, se había atrincherado en su Palacio, y rehusó recibirlo: entonces, el funcionario aludido entregó el papel al Dr. Basch, que en su calidad de médico de S. M. hacía el oficio de ayuda de Cámara ó de portero, y ese papel era nada menos que la dimisión del Ministerio, para el caso en que el Archiduque se marchase.

La ninguna confianza que tenían en su valer, les hizo tomar esa desesperada resolución: faltos de energía, su posición equívoca les hacía temblar á cada momento, y aterrados ante el espectro de la gravedad de la cosa pública, se aferraban al Imperio como el naufrago á su única tabla de salvación.

Maximiliano comunicó al Mariscal la proyectada dimisión del Ministerio, sin dar á éste ninguna contestación definitiva, dejando transcurrir el tiempo; pero preparaba dos combinaciones para el caso en que se insistiese en la renuncia.

Consistía la primera en el establecimiento de una Regencia mixta, que había de estar compuesta de Lares, como Presidente del Gabinete;

te; Lacunza, como Presidente del Consejo de Estado, y Bazaine como jefe del ejército. El Archiduque, hasta dictó el decreto relativo, á su Médico y confidente Basch.

El segundo punto de las dichas combinaciones, era trasladar la residencia del Gobierno á Orizaba, adonde sólo debía de ir Arroyo, Ministro de la Casa Imperial, mientras Bazaine quedaba en México asegurando la Capital.

No fué necesario poner en vigor ninguna de las dos combinaciones, especialmente la primera, juzgada por la gente sensata é imparcial como un acto descabellado, y por lo tanto, impracticable, pues habiendo tenido noticia Bazaine de lo que pasaba, escribió en el acto á los Ministros dimitentes, manifestándoles “que era *carecer de lealtad y generosidad abandonar al Emperador* en aquellos momentos, después de haber puesto toda su confianza en ellos, contra quienes tomaría ciertas medidas si persistían en su resolución.”

Aquel regaño bastó para hacer mudar de opinión á los Ministros, quienes contestaron que serían muy felices en el desempeño de su encargo; y el Mariscal, á quien el enviado de Maximiliano participó confidencialmente el proyecto definitivo del Soberano, decidido á abdicar, respondió que S. M. podía partir y viajar con seguridad, y que él se encargaba de todo.

El General en Jefe, pensaba, en efecto, que las esperanzas de la monarquía se desvanecían, y no se encontraba con el valor necesario para detener al Archiduque, á quien dejaba en libertad para que siguiera sus propias inspiraciones.

“Una abdicación brusca debía de encadenar la insurrección de todo el país; para evitarlo, era preciso que Maximiliano pretextase una ausencia temporal, que permitiese instalar una Regencia, de modo que se pudiera conducir suavemente al país á otra forma de Gobierno. Sólo una abdicación fechada en Europa, podía prevenir un gran sacudimiento y servir de salvaguardia á nuestro ejército. Tal era el plan que el Mariscal deseaba que aceptase Maximiliano.”<sup>1</sup>

A fin de realizar su propósito de marcha, empezó el Archiduque haciendo que el “Diario del Imperio” preparara la opinión, publicando al efecto el 20 de Octubre este lacónico suelto:

1 Kératry.—Obra citada.—Página 210.

“S. M. el Emperador saldrá para Orizaba en donde permanecerá algún tiempo, tanto con el fin de hallarse más inmediato al Puerto de Veracruz y recibir más pronto los extraordinarios que espera S. M. con noticias de Europa, como también para ver si con un cambio de temperatura por fin se logra desterrarle las intermitentes que hace tiempo está sufriendo, y que han reaparecido con mayor fuerza en estos últimos días. Acompañan á S. M., el Sr. Ministro de la Casa Imperial, y una parte de la Corte.”

A las dos de la mañana del 21 de Octubre tres carruajes, escoltados por 300 húsares, rodaban por la calzada de la Piedad. El Padre Fischer, el Ministro Arroyo, el Coronel Kodolich y el Dr. Basch acompañaban al Archiduque á Orizaba, donde debía tomar una resolución definitiva.

La tarde de ese día, desde la Hacienda de Zoquiapa, donde pernoctó, escribía una carta enteramente confidencial á Bazaine, y su primer párrafo decía así:

“Mi querido Mariscal.—Me propongo depositar mañana en manos de Ud., los documentos necesarios para poner término á la situación violenta en que se encuentra no sólo mi persona sino México entero. Dichos documentos deberán quedarse reservados hasta el día que yo le indique á Ud. por el telégrafo.”<sup>1</sup>

Maximiliano continuó su marcha: llegó al Molino del Puente, distante una legua de Puebla, el 23 de Octubre; al día siguiente se dirigió al de Santo Domingo de donde salió el 26 para Orizaba, á cuya ciudad llegó el 27.

Mientras informamos á nuestros lectores de los importantes acontecimientos que iban á verificarse en la ciudad de las nieblas, creemos oportuno decir algo acerca de los sucesos de la guerra, que cada día tomaba más incremento.

El General Don Ignacio R. Alatorre, que como hemos visto capituló con sus tropas en Papantla, en Enero de 1866, volvió al campo

<sup>1</sup> Uno de los documentos que habían de quedar reservados era el Acta de abdicación: debía publicarse al saber Bazaine, por el telégrafo, el embarque del Emperador; y según refiere el Dr. Basch, en la mencionada Hacienda quiso renunciar la Corona, y continuar su viaje como un simple particular, para lo que, y con el carácter de reservada, había recibido el Coronel Kodolich, comandante de la escolta, la orden de participar la abdicación á los oficiales de su mando.

de la lucha, expidiendo en Tlacolúlam la proclama siguiente, que bien puede reputarse como el presagio de los importantes triunfos que iba á obtener:

“El C. Ignacio R. Alatorre, Gral. en jefe de la línea del Norte del Estado de Veracruz, á sus compatriotas.

Mexicanos:

Ha llegado la hora de acudir al llamado de la Patria. Tiempo es ya de hacer cesar la ignominia de la intervención extranjera, tan pérfida en sus medios como inicua en sus fines. Ante la dolorosa experiencia de los resultados, no queda duda alguna de que para México no puede haber felicidad, no puede haber honra si no es conservando su autonomía y su Independencia, bajo las instituciones que el pueblo ha querido darse en el pleno goce de sus derechos y sin sujeción á un yugo extraño.

Si hubo mexicanos que, impulsados por el desaliento que ocasionaron las desgracias de nuestra infancia política, pudieron creer que una monarquía impuesta y sostenida por un poder extranjero haría cesar los males del país, desengañados hoy de ilusión tan funesta, vuelven sobre sus pasos y reparan el error cometido, agrupándose en torno de la bandera de la República.

La patria cual madre tierna y generosa recoge á sus hijos extraviados, olvida los males que sus errores le causaron, y pide á todos que unan sus esfuerzos para sostener la santa causa de la Independencia, como se unieron nuestros padres en 1821 para conquistarla.

El Estado de Veracruz, que tan gloriosas páginas ha logrado ocupar en la historia de México, no podía esta vez deslucir su nombre: sus nobles hijos impulsados por un amor ardiente á la patria y á la libertad, combaten sin descanso para sacudir el yugo de la intervención extranjera, para devolver al país su independencia, al hombre su dignidad de ciudadano libre.

¡Que todos imiten tan noble ejemplo y que unidos por el sentimiento común, demos al mundo el glorioso espectáculo de un pueblo que sabe sacrificarlo todo por reconquistar sus derechos y afianzar su libertad!

Cuartel General en Tlacolúlam, Octubre 18 de 1866.—I. R. Alatorre.”

La causa de la República conquistaba momento por momento nue-

vos defensores: el día 25 del dicho Octubre dejó la ciudad de Jalapa, con las fuerzas que tenía á sus órdenes, el C. Coronel H. Carrillo, expidiendo en seguida una proclama; <sup>1</sup> por su parte, el mencionado General Alatorre, el caudillo que gozaba de merecidas simpatías en el patriota Estado de Veracruz, empezó en el acto á reunir elementos de guerra, y ello, con tanta actividad y acierto, que á los pocos días ponía sitio á Jalapa, cuya bella é importante ciudad sucumbió á los rudos ataques de los valientes defensores de la República.

En ese memorable hecho de armas, tomó una participación directa el Estado de Puebla, auxiliando á su vecino el de Veracruz, con

<sup>1</sup> "El C. Coronel Hermenegildo Carrillo, en jefe de la sección de su mando, á sus compatriotas:

Conciudadanos:

Después de muchos años de guerra civil se juzgó que una mano extranjera y diversa forma de Gobierno podrían salvarnos del abismo en que parecía venirse precipitando el país desde que nos independimos. No por otra razón, ahogando en el fondo del alma la voz del sentimiento, la voz del patriotismo, creímos, con el sacrificio de nuestras convicciones, ofrecer un tributo á la paz y al verdadero progreso de la Nación. Pero la realidad de los hechos ha venido, por fin, á desengañarnos, convenciéndonos, á la par de que todo ha sido un embuste, una quimera, un fraude horrible enmascarado con las pomposas y mal entendidas frases de libertad, progreso y civilización.

¿No habéis visto, compatriotas, no habéis oído lo que sucede y ha sucedido por los ambiciosos extranjeros, en la extensión del país? ¿Cabe aún la duda de que sólo han venido para convertirse entre nosotros de esclavos en señores, de mendigos en potentados, de protectores en tiranos, de civilizadores en verdugos, en asesinos crueles de las libertades patrias? ¿Podrán hacernos creer que merecen el nombre de civilizados los que no respetan principio alguno, y si conculcan á todas horas los preceptos inmutables del derecho de gentes?

¡Mexicanos! ¡compañeros de armas! la gloria del soldado, la gloria de los buenos patriotas, se cifra precisamente en pelear con heroísmo, y en sucumbir, si necesario fuere, por el nombre y por las sacrosantas leyes de la patria. Pues bien, no es tarde todavía para volver sobre nuestros pasos; no es tarde para reconquistar nuestros derechos perdidos; no es tarde para dar al extranjero una y mil pruebas de que México unido es fuerte, de que México no ha sido ni será susceptible de conquista, como lo soñara en sus delirios el ambicioso Napoleón III.

Agrupémonos, pues, en torno de nuestro pabellón ultrajado, símbolo de nuestras libertades; unámonos con la fe del corazón, y poniendo al cielo por testigo de nuestra sincera y fraternal unión, apresuremos los momentos de la victoria; volemós al combate, y al pronunciar el nombre de México, cruzando nuestras armas con las del extranjero, sea una sola nuestra voz, éste nuestro grito:

Viva la Independencia. Viva la República. Viva el C. Benito Juárez. Muera el invasor extranjero.

Tlacolúlam, Octubre 25 de 1866.—H. Carrillo."

una florida brigada, que á las órdenes del distinguido General Bonilla contribuyó á la victoria, según puede verse en los documentos oficiales que insertamos á continuación:

República mexicana.—Estado de Veracruz.—Línea del Norte.—General en jefe.—Con positiva satisfacción contesto la apreciable nota de Ud. fecha 7 del presente, en que me avisa mandaba para completar el asedio de esta plaza seiscientos infantes, á las órdenes del C. General J. Crisóstomo Bonilla.—Esta fuerza ha llegado oportunamente y ha venido á hacer completo nuestro triunfo.—Por tal motivo, doy á Ud. las más expresivas gracias á nombre del Estado veracruzano, quien á su vez se encuentra con las fuerzas de su mando dispuesto á que nos auxiliemos mutuamente.—Las fuerzas de ese Estado, desde ese momento, son atendidas lo mismo que las de el de mi mando y cual conviene á las que eficazmente han contribuído al triunfo que hemos alcanzado.—Ayer á las cuatro de la tarde ha sido tomada definitivamente Jalapa, después de seis días de asedio.—Por la copia de la capitulación celebrada ayer también, que tengo el honor de remitirle, quedará Ud. impuesto de lo acontecido.—Reitero á Ud. la seguridad de mi aprecio y consideración.—Independencia y República.—Jalapa, Noviembre 12 de 1866.—I. R. Alatorre.—Ciudadano General en jefe de la línea del Norte del Estado de Puebla.—Zacapoxtla."

Ejército republicano.—Línea del Norte del Estado de Puebla.—General en jefe.—El ciudadano General Juan Crisóstomo Bonilla en jefe de la brigada del Estado, que opera en el de Veracruz, con fecha 11 del que cursa me dice lo siguiente:

¡Viva la República!

"Tengo la honrosa satisfacción de poner en el superior conocimiento de Ud. que hoy, á las cuatro de la tarde se ha rendido esta plaza por medio de capitulación, cuya plaza estaba defendida por 900 austriacos de las tres armas.

Todo el armamento, nueve piezas de artillería de diversos calibres, las municiones y los caballos, etc., han sido entregados á las fuerzas